LIBRO dot.com

EXILIO DE ATLANTIS

* REY KULL *

(Serie Conan)

ROBERT E. HOWARD



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Se ponía el sol. Un último esplendor carmesí llenaba el paisaje y se posaba, como una corona de sangre, sobre los picos moteados de nieve de las montañas. Los tres hombres que contemplaban el agonizar del día respiraron profundamente la fragancia de la brisa que surgía desde los distantes bosques, y luego volvieron su atención hacia una tarea mucho más material. Uno de ellos se hallaba asando un venado sobre una pequeña hoguera; tocó con un dedo la carne humeante y se lo llevó a la boca, probándolo con el gesto propio de un connoisseur.

-Ya está preparado, Kull, Khor-nah; podemos comer.

Quien así había hablado era joven, apenas poco más que un muchacho, alto de estatura, de cintura delgada y hombros anchos, que se movía con la gracia natural de un leopardo. En cuanto a sus compañeros, uno, el hombre de mayor edad, mostraba una constitución poderosa y maciza, peludo y con un rostro de expresión agresiva. El otro era el contrapunto del joven que había hablado, excepto por el hecho de que era más alto, con un pecho más ancho y unos hombros algo más amplios. Daba la impresión, incluso en mayor medida que el primer joven, de poseer una gran velocidad dinámica oculta en sus músculos largos y suaves.

-Bien -dijo éste-, ya empiezo a tener hambre.

-¿Y cuándo no la tienes, Kull? -bromeó el primer joven.

-Cuando lucho -contestó Kull con expresión seria.

El mayor de los hombres dirigió una rápida mirada a su amigo, tratando de imaginar qué estaría pensando en lo más recóndito de su mente. Nunca estaba totalmente seguro de lo que pensaba su amigo.

-Lo que sientes entonces es sed, pero de sangre -dijo el mayor de los hombres-. Am-ra, termina ya con tus bromas y córtanos algo de carne.

Empezó a caer la noche y algunas estrellas iniciaron su parpadeo. El viento del anochecer se file extendiendo sobre el paisaje montañoso, envuelto en el crepúsculo. A lo lejos. un tigre rugió de repente. Khor-nah efectuó un movimiento instintivo hacia la lanza de punta de pedernal que había dejado en el suelo, a su lado. Kull volvió la cabeza, y una extraña luz parpadeó en sus fríos ojos grises.

-Los hermanos rayados salen de caza esta noche -dijo.

-Adoran a la luna naciente -indicó Am-ra señalando hacia el este, donde se ponía de manifiesto un resplandor rojizo.

-¿Por qué? -preguntó Kull -. La luna pone al descubierto tanto a sus víctimas como a sus enemigos.

-Una vez, hace muchos cientos de años -dijo Khor-nah- un rey tigre, perseguido por los cazadores, invocó a la mujer de la luna, y ella le arrojó una parra por la que él subió hacia la seguridad, y habitó durante muchos años en la luna. Desde entonces, los hermanos rayados adoran a la luna.

-Eso no me lo creo -dijo Kull con brusquedad-. ¿Por qué iban a adorar a la luna sólo por el hecho de que ésta ayudara a uno de los de su raza hace ya tanto tiempo? Más de un tigre ha subido por el Acantilado de la Muerte y ha escapado así de sus perseguidores, a pesar de lo cual no adoran ese acantilado. ¿Cómo iban a saber lo que ocurrió hace tantos años?

Khor-nah frunció el ceño.

-Poco te favorece mofarte de tus mayores, o burlarte de las leyendas de tu pueblo de adopción, Kull. Esa historia debe de ser cierta porque ha sido transmitida de una generación a otra durante más tiempo del que pueda recordarse. Y lo que siempre fue, siempre será.

-Pues yo no me lo creo -reiteró Kull-. Estas montañas siempre han existido y, sin embargo, algún día se desmoronarán y desaparecerán. Llegará el día en que el mar inundará todas estas montañas...

-¡Ya basta de blasfemias! -exclamó Khor-nah con una pasión que era casi expresión de cólera-. Kull, somos buenos amigos y tengo paciencia contigo porque eres joven. Pero hay algo que debes aprender: a respetar la tradición. Te burlas de las costumbres y usos de tu pueblo, precisamente tú. a quien ese pueblo rescató de la selva y te ofreció un hogar y una tribu.

-No era más que un mono sin pelo deambulando por los bosques -admitió Kull francamente, sin la menor vergüenza-. No sabía hablar la lengua de los hombres, y mis únicos amigos eran los tigres y los lobos. No sé quién era mi pueblo, ni de qué sangre procedía...

-Eso no importa -le interrumpió Khor-nah-. Tienes todo el aspecto de pertenecer a esa tribu fuera de la ley que vivía en el valle del Tigre, y que pereció en la Gran Inundación. Pero eso importa poco. Has demostrado ser un guerrero valiente y un cazador poderoso...

-¿Dónde encontrarías a un joven que se le igualara en el lanzamiento de la lanza o en la lucha cuerpo a cuerpo? -preguntó Am-ra con los ojos encendidos.

-Muy cierto -asintió Khor-nah-. Es un honor para la tribu de la montaña del mar, pero precisamente por eso debería controlar su lengua y aprender a reverenciar las cosas sagradas del pasado y del presente.

-Yo no me burlo -dijo Kull sin malicia-, pero sé que muchas de las cosas que dicen los sacerdotes son mentiras, pues yo mismo he ido con los tigres y conozco a las bestias salvajes mejor que a los sacerdotes. Los animales no son ni buenos ni malos, pero los hombres, con la lujuria y la avidez que les son propias...

-¡Más blasfemias! -le interrumpió Khor-nah enojado-. ¡El hombre es la creación más magnífica de Valka!

Am-ra intervino entonces para cambiar de tema.

-Esta mañana he oído el sonido de los tambores en la costa. Hay guerra en el mar. Valusia lucha contra los piratas lemures.

-Sólo les deseo mala suerte a ambos -gruñó Khor-nah.

-¡Valusia! -exclamó Kull con los ojos nuevamente encendidos-. ¡La tierra de los encantamientos! Algún día veré la gran Ciudad de las Maravillas.

-Maldito sea el día en que lo hagas -le espetó Khor-nah con dureza-. Te verás cargado de cadenas, y sobre ti se cernirá el espectro de la tortura y de la muerte. Ningún hombre de nuestra raza ve jamás la Ciudad de las Maravillas, a no ser que sea como esclavo.

-Que la mala suerte caiga sobre ella -murmuró Am-ra.

-¡Que sea una suerte negra y un destino rojo! –exclamó Khor-nah esgrimiendo el puño hacia el este-. ¡Que por cada gota de sangre atlante derramada, por cada esclavo que se afana en sus malditas galeras, caiga una plaga negra sobre Valusia ylos Siete Imperios!

Am-ra, entusiasmado, se puso en pie de un salto y repitió parte de la maldición, mientras Kull, tranquilamente, se cortaba un nuevo trozo de carne.

-He luchado contra los valusos -dijo-, y debo admitir que se dispusieron valerosamente en orden de batalla, aunque no fueron difíciles de matar. Tampoco parecían tan malvados.

-Porque sólo luchaste contra los débiles guardias de la costa norte -gruñó Khor-nah-, o contra las tripulaciones de los barcos mercantes varados en la costa. Espera a que tengas que enfrentarte con la carga de los escuadrones negros de las legiones de Valusia, o contra el Gran Ejército, como he hecho yo. ¡Eso sí que es bueno! ¡Había sangre hasta para beber! Junto con Gandaro, el de la lanza, recorrí las costas valusas cuando todavía era más joven que tú, Kull. Ah, aquellos si que fueron buenos tiempos. Llevamos la antorcha y la espada hasta lo más profundo del imperio. Éramos quinientos hombres, procedentes de todas las tribus ribereñas de Atlantis. ¡Y sólo regresamos cuatro! El grueso de los escuadrones negros nos diezmó en las afueras del pueblo de los Halcones, que antes habíamos incendiado y saqueado. Allí bebieron las espadas y las lanzas saciaron su sed de sangre. Descuartizamos y fuimos descuartizados, pero una vez que terminó el fragor de la batalla sólo cuatro de nosotros pudimos escapar del campo, y los cuatro estábamos llenos de heridas.

-Ascalante me dice que las murallas de la Ciudad de Cristal tienen diez veces la altura de un hombre -dijo Kull que no deseaba abandonar el tema-. Que el fulgor del oro y de la plata sería suficiente para deslumbrarle a uno, y que las mujeres que abarrotan las calles o se asoman a las ventanas van vestidas con extrañas túnicas suaves que crujen y brillan al moverse.

-Quién mejor podría saberlo que Ascalante -dijo Khor-nah con una mueca-. Fue esclavo entre ellos durante tanto tiempo que basta olvidó su buen nombre atlante, y tuvo que conformarse a partir de entonces con el nombre valuso que le pusieron.

-Sin embargo, logró escapar -comentó Am-ra.

-Cierto, pero por cada esclavo que consigue escapar de las cadenas de los Siete Imperios hay por lo menos siete que se pudren en las mazmorras y mueren cada día, pues ningún atlante estuvo destinado nunca a soportar la esclavitud.

-Hemos sido enemigos de los Siete Imperios desde el alborear de los tiempos -musitó Am-ra.

-Y seguiremos siéndolo hasta que el mundo se derrumbe -dijo Khor-nah con una salvaje satisfacción- Pues Atlantis, gracias a Valka, es enemiga de todos los hombres.

Am-ra se incorporó, tomó su lanza y se preparó para hacerse cargo de la guardia. Los otros dos se tumbaron sobre la hierba, dispuestos a dormir. ¿Con qué soñaría Khor-nah? Quizás con una batalla, o con el retumbar de los búfalos, o con una mujer de las cavernas. En cuanto a Kull...

A través de la neblina de su sueño resonó débil y lejana la dorada melodía de las trompetas. Nubes de radiante esplendor flotaban sobre él; entonces, una magnífica visión se abrió ante su sueño. Una gran multitud de gente se extendía en la distancia, y hasta ellos llegaba un rugido tormentoso expresado en una lengua extraña. Se percibía un ligero matiz de acero al entrechocar, y grandes ejércitos negros se extendían a la derecha y a la izquierda; la neblina se disipó, y un rostro surgió nítidamente, destacándose; un rostro por encima del cual flotaba una corona regia. Era un rostro como de halcón, de expresión desapasionada, inmóvil, con los ojos del gris del mar frío. Entonces, la multitud volvió a rugir: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey! ¡Viva Kull,el rey!».

Kull se despertó con un sobresalto. El resplandor de la luna iluminaba las distantes montañas, el viento soplaba por entre la alta hierba. Khor-nah dormía a su lado, y Am-ra estaba de pie, como una desnuda estatua de bronce que contrastara con la luz de las estrellas. Kull recorrió con la mirada su escasa vestimenta: una piel de leopardo enrollada sobre sus

caderas de pantera. Un bárbaro desnudo. Los ojos de Kull refulgieron. ¡Kull, el rey! Volvió a quedarse dormido.

Se levantaron por la mañana y emprendieron el camino hacia las cavernas de la tribu. El sol todavía no se había elevado mucho cuando distinguieron el ancho río azul y las cavernas de la tribu aparecieron ante su vista.

-¡Mirad! -exclamó Am-ra-. ¡Están quemando a alguien!

Delante de las cavernas se había instalado un pesado palo, al que habían atado a una mujer joven. Las gentes que lo rodeaban, con miradas endurecidas. no mostraban el menor signo de piedad.

-Sareeta -dijo Khor-nah con el rostro impertérrito-. Esa lasciva se casó con un pirata lemur.

-¡Ah! -exclamó una anciana de ojos pétreos-. ¡Mi propia hija! ¡Ha traído la vergüenza a Atlantis! ¡Ya ha dejado de ser mi hija! Su hombre murió y ella fue arrastrada a la costa cuando el barco fue asaltado por las embarcaciones de Atlantis.

Kull miró a la joven con expresión compasiva. No lo entendía; ¿por qué razón aquellas gentes, que eran de su propia sangre y clase, se enojaban tanto con ella por el simple hecho de haber elegido a un enemigo de su raza? En ninguna de las miradas centradas sobre ella logró distinguir el menor rastro de simpatía. Sólo en los extraños ojos azules de Am-ra había tristeza y compasión.

No hay forma de saber lo que reflejaba el propio rostro inmóvil de Kull. Pero la mirada de la mujer se fijó en él. No había temor en sus ojos; sólo una profunda y vibrante llamada. La mirada de Kull se posó sobre los haces de leña apilados a sus pies. El sacerdote, que ahora canturreaba una maldición, no tardaría en inclinarse para prenderles fuego con la antorcha que sostenía en la mano izquierda.

Kull se dio cuenta de que la mujer se hallaba sujeta al palo mediante una pesada cadena de madera, un objeto muy peculiar que mostraba la típica manufactura atlante. No podía cortar aquella cadena, aunque lograra llegar hasta ella, abriéndose paso entre la multitud. Los ojos de la mujer no dejaban de mirarle, implorantes.

Observó de nuevo la leña y se llevó la mano a la daga de larga punta de pedernal que le colgaba del cinto. La mujer, al ver su gesto, asintió con un movimiento de cabeza y una expresión de alivio se extendió sobre sus ojos.

Kull actuó tan repentina e inesperadamente como una cobra. Extrajo la daga del cinto y la arrojó con fuerza. Se clavó un poco por debajo del corazón de la mujer, matándola instantáneamente. Y mientras la multitud permanecía boquiabierta, Kull giró sobre sus talones y se alejó corriendo, subiendo varios metros por la escarpadura que caía casi a pico, ágil como un felino.

La gente continuó quieta y en silencio durante un momento más. Luego, un hombre extrajo arco y flechas y miró hacia la escarpadura por la que Kull seguía subiendo, a punto de llegar ya a lo más alto. El arquero apuntó, entrecerrando los ojos, y en ese preciso instante Am-ra, como por accidente, tropezó contra él, desplazándole, y la flecha partió hacia un lado. Luego, Kull ya había desaparecido en lo alto del risco.

Oyó los gritos que le siguieron. Los miembros de su propia tribu, encendidos por el afán de sangre, parecían ávidos por atraparle y asesinarle, por haber violado lo que para él no era sino un extraño y sangriento código moral.

Pero en la tribu de la montaña del mar no había ningún atlante capaz de ganar a Kull corriendo.

Kull escapa de las garras de sus enfurecidos compañeros de tribu, sólo para caer cautivo de los lemures. Durante los dos años siguientes, trabaja como esclavo en los remos de una galera, antes de lograr escapar Emprende entonces el viaje a Valusia, donde se convierte en un proscrito, oculto en las montañas, hasta que, capturado, va aparar a sus mazmorras. La fortuna, sin embargo, le sonríe, y se convierte sucesivamente en gladiador en la arena, soldado en el ejército y finalmente, comandante Luego, con el apoyo de los mercenarios y ciertos nobles valusos descontentos, aspira al trono. Y es Kull quien asesina al despótico rey Borna y le arranca la corona de su ensangrentada cabeza. El sueño, por fin, se ha convertido en realidad: Kull de Atlantis se instala en el trono de la antigua Valusia.